

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 8 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Escudillers Blanchs, 8 bis, bajos.

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES
Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

REYES

VISITEN LA FABRICA DE
JOYERÍA Y RELOJERÍA
EL REGULADOR

La mejor surtida en JOYAS, RELOJES y objetos propios para regalos.

Rambla de las Flores, 37, y Carmen, 1

DIVERSIONES PARTICULARES

Tertulia Barcelonina TEATRO PRINCIPAL.—Escogida función para el viernes, 5 (por corresponder al jueves, 2, la 5.ª de abono de María Barrientos), día de Moda: El chistosísimo juguete en un acto *El sexo débil* y el precioso drama en 3 actos *El ladrón*, en el que raya a gran altura la eminente actriz doña Carmen Cobeña.

Vales de entrada y butaca a dos pesetas en la sombrerería Gill, Hospital, 16; relojería Mullor, Bajada de la Cárcel, 8, y El Ingenio, Raurich, 6.

AVISO: Se suplica a los señores abonados que deseen conservar sus respectivas localidades para la nueva serie de 4 funciones de zarzuela y opereta castellana, cuyas condiciones de abono se anunciarán oportunamente, se sirvan dejar sus señas en la administración del teatro.

Crónica diaria.

Benlliure en Barcelona.

Por unos días ha estado entre nosotros el ilustre escultor don Mariano Benlliure. Se hospedó, con su dignísima esposa, en el magnífico hotel Palace y tuvimos el gusto de hablar con él sobre la impresión que le causaba nuestra ciudad después del tiempo que no la había visitado.

—Cada vez que vengo a Barcelona me parece cambiada—decía el eminente artista—. En dos años que por fortuna no se han repetido los atentados terroristas esta urbe se ha rejuvenecido; por todas partes veo muestras de su pujanza industrial y ar-

tística. Las calles se reforman y se levantan magníficos edificios. Los establecimientos se engrandecen y se reforman, decorándolos espléndidamente. Los mismos hoteles no tienen que envidiar nada a los de Madrid y París. Este hotel Palace es de los mejores de Europa y su confort extremado. Si mis asuntos de vida y de relación no me retuvieran en Madrid, la única ciudad de España en la que yo viviría sería Barcelona. Hay, además, espíritu de renovación artística y ambiente de reforma en todos los órdenes. Ahora vine aquí para adelantar algunas obras más de fundición que en una de las casas de esta capital se hacen bajo mis órdenes. Volveré dentro de poco para terminarlas y residir algunos días más entre los muchos amigos que aquí tengo. Aquí, en el hotel Palace, he de volver y me hallarán siempre los que deseen verme. Estoy agradecidísimo de las deferencias que los artistas me han dispensado, como los del Círculo Artístico y así mismo pueden ustedes decirlo a los periodistas de Barcelona.

Mariano Benlliure siente, pues, una verdadera admiración por nuestra ciudad.

Gacetas.

De un quiosco de relojería instalado en el portal de la casa números 8 y 10 de la calle de Aviñó desaparecieron ayer las herramientas del oficio y otros efectos, ignorándose quién o quiénes puedan ser los autores del robo.

Otro quiosco de relojero, instalado en el número 4 de la propia calle, fué también desbalijado ayer mañana, probablemente por el mismo *caco* que llevó a cabo el robo anteriormente descrito.

Con esta es la cuarta vez que los *cacos* visitan el primero de ambos quioscos robados, lo que viene a demostrar cómo anda la vigilancia en la calle de Aviñó.

Probablemente los *cacos* hacen de las suyas a primeras horas de la mañana, cuando vigilantes y serenos se retiran.

Tomen de ello nota las autoridades porque los vecinos de la calle de Aviñó tienen derecho a vivir tranquilos.

Esta mañana han comenzado a funcionar las Escuelas municipales graduadas del Parque, actuando las maestras nombradas hace dos años. Por cierto que se nos dice que hay el temor de que se agreguen por disposición superior las maestras de las Escuelas similares de fuera de Barcelona, y entonces las que hasta hoy han guardado dos años sus nombramientos sin actuar se vean suplantadas por aquéllas. Esto, en verdad, no sería justo y hay que tener en cuenta la equidad.

La guardia municipal sorprendió ayer mañana a Guillermo Fontané, de 57 años, a quien se le ocupó un saco conteniendo algunas piezas de hierro.

Conducido al cuartelillo de Pueblo Nuevo declaró que se lo había entregado para vender a un tal Juan Hernández.

Sospechando que en su domicilio, que es una barraca de la playa de Somorrostro, se hallarían algunas más, se practicó allí un registro, encontrándose 90 kilos de hierro en piezas de diversas formas.

El detenido fué puesto a disposición del Juzgado.

Anoche en la calle de Salmerón, frente al número 7, un guardia urbano recogió del suelo a una mujer llamada Rosa, de 45 años, en estado de embriaguez y con varias heridas en la frente.

Fué auxiliada la paciente en el Dispensario de Gracia y retenida hasta esta madrugada, que estaba ya en estado normal.

A las dos y media de la madrugada de ayer un sereno de servicio en Pueblo Nuevo detuvo en un terrado de la calle del Mediodía a un sujeto de 22 años que en unión de otro que se dio a la fuga intentó abrir la puerta de una tienda de comestibles de dicha calle.

En las inmediaciones del lugar donde fué detenido se hallaron una ganzúa y varios otros útiles análogos.

Se ha dado de baja en el Círculo Conservador el presidente honorario del mismo don Guillermo de Eoladeres.

Dícese que a esta baja seguirán otras muchas.

Esta madrugada dos novios se liaron a cachetes en su domicilio de la calle de la Princesa, resultando ella con varias contusiones en la cabeza que le fueron curadas en el Dispensario de las Casas Consistoriales.

¡Valiente preludio de la luna de miel!

Tiene conocimiento el Juzgado.

En el Consulado general de Francia se verificó ayer la anunciada recepción con motivo de la festividad de . . . año, concurriendo al acto numerosa y escogida representación de la colonia de dicho país.

Hubo entusiastas discursos por parte del cónsul general, M. G. B. d'Anglade, y señores Dorgebray, presidente de la Sociedad Francesa de Beneficencia, del de la Cámara de Comercio y del de la Sociedad Patrie.

La banda de música L. Harmonie amenizó la fiesta, interpretando *La Marsellesa* y otras composiciones.

Los concurrentes fueron obsequiados con pastas y licores.

Ayer se recibió en la Alcaldía un oficio del delegado de Hacienda que transcribe un telegrama del ministerio que dice lo siguiente:

Recibido telegrama de V. S. manifestando haber puesto en correo solicitud oficial Ayuntamiento de Barcelona de prórroga para aplicación de ley de supresión de impuesto de Consumos en forma actual, puede V. S. manifestarle que interin se recibe y se resuelve instancia queda autorizado para aplicación tarifas vigentes.»

Ayer se inauguró el hermoso pesebre y Arbol de Navidad instalado en la Casa de Caridad. Fueron muchas y distinguidas las familias que por allí desfilaron, elogiando el buen gusto que ha presidido la confección de aquella obra del señor Junyent.

Una peña de nacionalistas republicanos ha dirigido un telegrama de felicitación al catedrático de la Universidad de Zaragoza don Juan Moneva por la publicación de su brillante artículo en defensa de la lengua catalana.

Lo propio hizo el *grup* catalanista La Devantera

El periódico *Las Provincias*, de Valencia, ha respondido al llamamiento hecho en Barcelona para la erección del monumento a Verdaguer con la siguiente alocución:

«La nación toda — dice — debiera contribuir a esa justísima exaltación al genio, como ha contribuido cuando se trató de honrar la memoria de algún otro español ilustre; pero Valencia con Mallorca, después de Cataluña, tienen el deber moral de recabar el primer puesto.»

Recuerda, con este motivo, que el cantor de las glorias valencianas, Teodoro Llorente, tiene su monumento en el Parque de Barcelona, y da a conocer luego el artículo interesantes cartas íntimas dirigidas por el poeta catalán al valenciano al ser nombrado aquél mantenedor de los Juegos Florales del Rat Penat, en 1881. Es de agradecer el oportuno recuerdo de *Las Provincias* cuando se trata de honrar la memoria del primero de los poetas catalanes.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

De Madrid, Antonia Mercé, paseo de Gracia, 2; de Borja, Petra Gistós, paseo de Gracia, 35, 2.º; de Andratx, Antonio Ramón, Escudillers, 80; de Anves, Gots, Balmes.

Conferencias y reuniones.

La Academia Médico Homeopática de Barcelona celebrará sesión ordinaria a las diez de esta noche en su local social.

El Centro Regional Valenciano ha trasladado su domicilio social a la calle de Aragón, 270, principal, junto al paseo de Gracia.

La Junta directiva del Colegio de farmacéuticos de Barcelona para el bienio de 1913-1914 ha quedado constituida en la forma siguiente:

Presidente, don Julio Trenard Machirán; vicepresidente, don Ramón Palau; depositario, don Francisco de Riu; contador, don Rómulo Valls; secretario primero, don José Vallés y Ribó; secretario segundo, don Gaspar Viladegut; bibliotecario, don Juan Morales; vocales: don Juan Grau Llusá, don Pablo Santacana, don José Pla y Vila y don Mariano Miserachs.

La enfermedad del Polo

En un discurso pronunciado recientemente ante la Sociedad Zoológica de Francia por el doctor Jacques Liouville, el físico y naturalista que acompañó al *Pourquo pas?* en su expedición antártica, expuso que los males físicos con que tenía que contender la tripulación eran tres, resultantes, en su concepto, de la falta de alimento fresco.

Denomina, pues, tal enfermedad *consevasitis*.

En dicha enfermedad se notan síntomas de escorbuto, anemia polar y congelación parcial de ciertos órganos que muchas veces sangran constantemente.

La causa de tales males es una alteración en la composición química de la sangre.

El corazón funciona mal, la respiración del paciente se acorta, la pereza se apodera de uno, las fuerzas se agotan y la marcha

parece imposible.

El menor movimiento causa una palpitación intensa.

Todos estos síntomas mórbidos desaparecieron a los diez días de haberse consumido carne fresca, no reapareciendo hasta después de haberse agotado el apio silvestre tomado en la Tierra del Fuego.

El doctor Liouville se muestra justamente orgulloso por ser esta la primera expedición polar cuyos miembros retornaron a sus hogares en perfecto estado de salud.

Durante la expedición hubo que hacer tres operaciones quirúrgicas, curándose los pacientes de una manera en extremo satisfactoria, lo que se cree sea debido a la ausencia completa de la bacteria patogénica y en parte a la circunstancia de que no había en los pacientes trazas de alcoholismo.

Las propiedades del color.

Mr. Pearley Gilman Nutting, de la ciudad de Washington, ha patentado un sistema por medio del cual se puede determinar el matiz, la pureza y luminosidad de un rayo de luz, pudiendo medir el largo de la onda del matiz

que predomina, así como la proporción que la luz blanca no vista tiene con la luz pura del matiz predominante y la luminosidad de dicho rayo.

El tenor Aramburo.

Este artista, que un día fué tan agasajado por el público, ha fallecido en Montevideo. Había alcanzado gran notoriedad, tanto por sus poderosas facultades como por sus rarezas.

Las Empresas rehuían firmar compromisos con él, seguras de que no había de respetarlos y porque muchas veces provocaba verdaderos conflictos negándose a cantar cuando ya las representaciones de las óperas habían comenzado o increpando al público si éste se mostraba con él severo por alguna de sus informalidades o desplantes.

Su trabajo era muy desigual. Unas veces asombraba con las espléndidas y casi inverosímiles sonoridades de su voz, de timbre muy varonil y armonioso, y otras cantaba peor que el más humilde de los partiquinos.

El público, que conocía de sobras las facultades portentosas de Aramburo y sus ge-

nialidades, mostraba entonces su franco desagrado, y esto exasperaba al tenor, hasta el punto de llevarle a cometer verdaderas groserías.

Una vez, en el teatro Real de Madrid, en plena representación se retiró de la escena y se encerró en su camerino, negándose a seguir cantando. Se agotaron todos los medios para convencerle y cuando Aramburo vió que iban a intervenir las autoridades atrancó la puerta y formó tras ella una formidable barricada. El gobernador logró reducirle a la obediencia.

Aramburo marchó a América hace ya bastantes años y allí su carácter y su espíritu desequilibrado le hicieron pasar varias veces desde la opulencia a la miseria. Ha muerto a los setenta y tres años, casi en la indigencia.

—No es posible, no es cierto...

Después de un instante levantó el rostro contraído, que expresaba toda la abor de su cerebro, y con voz sorda

—Si aquella infeliz madre vacila por miedo a herir a su hijo, yo no respetaré a la miserable—dijo—. ¡Oh! Me vengaré de ella y quiero que mi venganza sea completa. Ha sido una infame y no ha tenido compasión conmigo, que la habría perdonado con tal de que me hubiese devuelto a mi Pierina. Oh, pero yo seré sordo a todo sentimiento de compasión y arrastraré a la infame y a sus cómplices al patíbulo!

Las fibras inertes de su corazón se galvanizaron al recordar los dolores que aquella mujer le había causado; él había sido demasiado clemente. Si no la hubiese respetado aquella noche que no podía recordar sin horror, ahora no lloraría la pérdida de su hija.

Sus labios lanzaron un grito de angustia y se retorció nerviosamente las manos.

Al amanecer, Gino adormeciéndose un instante en la silla doade estaba; pero su sueño estaba poblado de pesadillas; tanto, que no tardó en abrir los ojos y mirar a su alrededor con una especie de terror.

Pero, viéndose en su habitación, respiró y trató de levantarse.

Lo consiguió con fatiga; tenía las piernas entumecidas, sentía fuertes escalofríos.

La dueña de la casa, que cada mañana le llevaba el café, quedó espantada cuando le vió.

No conocía los secretos de su inquilino; pero comprendía que alguna inmensa desgracia debía haberle herido.

Y como se interesaba muchísimo por él, le preguntó con ansia:

—¿Qué tiene? ¿No se ha acostado? ¿Se encuentra mal?

—No, pero estoy inquieto porque aguardo noticias de mi amigo. Ha tenido que marcharse, pues su hija se halla gravemente enferma.

—Me lo dijo; pero hemos de esperar que no sea cosa grave. Y usted no debe descuidar su salud; una noche pasada sin dormir, en esta páfida estación, no sienta bien.

—Siento, en efecto, los miembros doloridos y la cabeza pesada.

—Acuéstese y tápese bien; yo le llevaré un buen caldo caliente y verá cómo durmiendo bien, despierta con fuerzas y tranquilo.

Gino sonrió, sin responder.

La buena señora insistió en que se acostara.

Gino estaba impaciente por ver a Chiara; pero como no era cosa de visitarla a hora tan intempestiva, acabó por aceptar el consejo de la patrona.

Y no se hubo de arrepentir, porque durmiéndose tuvo algunas horas de calma, y cuando se despertó, aunque estuviese extremadamente pálido, sentíase mejor.

Comió poco; pero bebió mucho para cobrar fuerzas, y a eso de las dos de la tarde llamaba a la puerta de la casa de Chiara.

Lena abrióle la puerta. La camarera tenía los ojos encendidos como si hubiese llorado. Y antes de que Gino hablase, le dijo casi bruscamente:

—Si viene para ver de nuevo a la señora, ha hecho un paseo inútil; porque ésta se halla en el lecho gravemente enferma.

Gino se tambaleó, hasta el punto que hubo de apoyarse en la puerta para no caer.

—Pero no será cosa grave—dijo sumamente inquieto.

A Lena se le humedecieron los ojos.

—¡Oh, caballero, sí! El médico ha dicho que se trata de una meningitis, y como la señora está muy débil, anémica, puede considerarse perdida.

—¡No puede ser, no puede ser!—balbuceó Gino con voz trémula—; anoche estaba bien.

—Sin embargo, es así; mi pobre señora no habla ya, no reconoce a nadie, está a punto de morir.

—¿Quién hay a su lado?

—Su hijo y su nuera, que parecen locos de dolor.

Gino tuvo un brusco sobresalto; mil pensamientos se atropellaban en su cerebro.

En el primer ímpetu de rabia, de desesperación, se le ocurrió la idea de entrar en la alcoba de la enferma y arrancar a Nini de aquel lecho, gritando delante de todos:

—¡Es esta la miserable que la mata!

Sin embargo, no se movió; le zumbaban los oídos, las piernas se le doblaban.

Comprendía que si ponía en ejecución su proyecto le creerían loco.

No, no era aquel el momento de presentarse; un instante de precipitación podría malograr su plan. La venganza se le escaparía.

Gino se retiró tambaleándose, y, de regreso en su casa, sentóse al balcón y dirigió su mirada a la ventana de la alcoba de Chiara.

La pobre madre moría sin poder revelar a su hijo la verdad.

¿Había cometido Nini un nuevo delito? La reflexión le probó que debía rechazar aquella idea.

Chiara había sido mortalmente herida por la revelación de él; la lectura del manuscrito de Pierina había acabado por producirle tal sacudida moral, que destruyó su existencia.

El destino favorecía siempre a la miserable Nini.

Pero si Chiara moría, él vivía aún para vengar a todas aquellas víctimas nocentes.

Gino pasó el día entero al balcón, sin cuidarse del frío, fijo en el ir y venir continuo de la casa de la señora Baravalle.

La noticia de la enfermedad de Chiara debía haberse extendido ya entre los amigos y conocidos, porque los coches se sucedían ante el amplio portón, donde un criado recibía las tarjetas de los visitantes.

Al atardecer vió Gino al párroco que iba a confesar a la enferma.

Y el corazón se le oprimió.

—¡Todo ha terminado para ella!—exclamó con dolor.

En efecto, la señora Baravalle estaba en las postrimerías. Con su temperamento delicado, con su impresionabilidad, la impresión sufrida le había sido fatal.

Lena la encontró sin conocimiento en la silla y pidió auxilio. Cuando acudieron los otros criados, la infeliz señora fué metida en el lecho mientras se avisaba al doctor. Éste, en cuanto reconoció a Chiara, sacudió la cabeza murmurando:

—¡Está perdida!

Lena, llorando, corrió a avisar a Niní.

Ésta, despertada bruscamente, arrojó un grito y se incorporó en el lecho.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—La señora Chiara se muere.

La joven se estremeció.

—Es imposible; te habrás alarmado demasiado.

—No, señora; lo ha dicho el médico.

—¿Has avisado a mi esposo?

—El señorito no está en casa.

—¡Qué fatalidad! Hay que avisarle enseguida; vé, envía a alguien, yo me visto y voy enseguida.

Y en cuanto la camarera hubo salido, brilló en los ojos de Niní un relámpago de satisfacción.

—La suerte me favorece—murmuró—. Si ahora mi suegra hablase, creerían que desvariaba; además, yo sabré hacerla callar.

Saltó del lecho, se vistió apresuradamente, sin llamar a Michina, y sin peinarse, con los cabellos sobre la espalda, corrió a la alcoba de Chiara.

Allí estaba el médico. La joven le llevó al lado de la ventana.

—¿Es cierto lo que me han dicho?—exclamó aparentando el más profundo dolor—; ¿mi suegra está mal?

—Malísima, señora; no tengo esperanza de salvarla.

—¿Y cómo puede haber sucedido esto tan repentinamente, cuando precisamente hace pocos días que usted mismo nos dijo que la encontraba bastante mejorada?

Y la audaz bribona fijaba en su interlocutor sus ojos húmedos.

—Es cierto—respondió gravemente el médico—y creo que la señora debe haber experimentado una fuerte emoción.

—Pues yo la vi anoche, antes de irme al baile, y no sólo la encontré bien de salud, sino alegrísima.

—Su camarera me ha dicho que a eso de las diez vino a visitarla un individuo, al que al principio no quería recibir por negarse éste a dar su nombre; pero después le hizo pasar y estuvieron ambos conversando largo tiempo. Cuando el visitante se marchó, la señora Baravalle ordenó a su camarera que se fuera a dormir. Lena obedeció, y esta mañana, cuando fué a la ha-

bitación de su señora a ver cómo seguía ésta, vió con sorpresa que el lecho estaba intacto y la habitación vacía. La camarera, sorprendida, iba a buscarla, cuando por esta misma puerta por la que usted ha entrado apareció la señora Chiara, que con el rostro alterado, irreconoscible, se puso a escribir una carta. Terminada ésta, la dió a Lena para que la llevase al Correo. Y cuando la joven, cumplida su comisión, regresó a la casa, encontró a la señora Chiara desvanecida.

Niní, escuchando al médico, sentía necesidad de permanecer tranquila, de disimular sus impresiones. Ante el peligro adquirió mayor energía. Aquel individuo que iba a una hora tan importuna, aprovechando la ausencia de ella de casa, no podía ser más que Gino. ¿Y era quizás el joven a quien Chiara había escrito después de la violenta escena que había tenido con ella?

No era el momento de detenerse en aquellas febriles reflexiones.

—Es preciso buscar a ese hombre cuya visita ha sido causa de la enfermedad de mi suegra—dijo audazmente Niní—. Yo misma interrogaré a Lena más tarde. Ahora no pensemos más que en la enferma, únicamente en ella.

Se acercó con el médico al lecho e inclinándose hacia Chiara, con voz entrecortada exclamó:

—¡Mamá! ¡Querida mamá! ¡Mírame, soy yo... tu Pierina!

—No puede responder, no la oye—dijo el doctor.

Un inmenso alivio dilató el pecho de Niní, cuyo rostro expresaba un agudo dolor.

—¡Sálvela, doctor, sálvela!—imploró.

La señora Chiara permanecía inmóvil, sin dar señales de vida. Sin embargo, sus ojos estaban abiertos, fijos y parecían amenazar a Niní, que continuaba inclinada sobre ella, demostrando una inmensa desesperación.

De repente se oyeron pasos precipitados en la estancia vecina. Era Adriano, que corría con terrible afán al lado de su madre.

Había recibido la desoladora noticia al poner los pies en su casa y estaba tan lejos de aguardar semejante desgracia, que creyó morir de la impresión.

Y apenas había comparecido en el umbral de la estancia cuando Niní, palidísima, llorosa, despeinada, corrió a su encuentro, tendiéndole los brazos.

El joven tuvo una duda terrible, atroz.

—¿Ha muerto?—preguntó sordamente.

—No, vive aun; pero el médico desespera.

Adriano no quiso oír más.

En un segundo estuvo al lado del lecho y, cubriendo el rostro de su madre de besos y de lágrimas, la llamó con los más dulces nombres; la habló con acentos que desgarraban el corazón.

—¡Oh, mamá... mamá... no mueras... no me dejes... mamá... habla... respóndeme... soy tu Adriano... que tanto te quiere!...

El doctor trató de apartarle del lecho y para lograrlo acabó diciéndole:

—Su madre no puede responderle; pero ve y oye, y así aumenta usted sus sufrimientos.

Estas palabras bastaron para que Adriano contuviese su dolor.

—¡Perdóneme—balbuceó—y sálvela, doctor, sálvela!...

Adriano y su esposa se miraron, se estrecharon las manos nerviosamente, no osando cambiar una palabra.

Al atardecer, la señora Chiara salió de su inmovilidad y dirigió una mirada a su alrededor.

A un lado del lecho estaban, mudos y abrazados, su hijo y Nini.

Adriano se soltó de su esposa y se inclinó ávidamente hacia la enferma.

—¡Mamá... mamá!...

La enferma fijó en el joven una mirada tan desesperada, que éste experimentó una terrible impresión.

Chiara trataba en vano de hablar; pero de su boca no salían más que sonidos roncós.

—Mamá, ¿me reconoces?—dijo Adriano suspirando.

La enferma le miraba intensamente, gimiendo.

—¡Pobre mamá! Quisiera hablar y no puede—murmuró Nini sollozando.

E inclinándose hacia su suegra, la besó en la frente, repitiendo:

—Somos nosotros, tus hijos, y te salvaremos.

Si Nini pensaba romper con aquel medio el hilo que ligaba a Chiara a la vida, lo consiguió.

Para la pobre madre fué una tortura tremenda el contacto de los labios de aquella miserable.

Algo horrible pasó en ella, porque se estremeció de pies a cabeza, sus manos se tendieron con un gesto de horror indescriptible y sus labios se abrieron para pronunciar distintamente:

—¡Miserable!...

Nini no se movió.

—¡Pobre mamá—repitió—, delira, no nos reconoce ya!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—balbuceó Adriano cogiendo una mano de la enferma para cubrirla de besos.

Chiara no dijo nada más. Estaba otra vez inmóvil, con la cabeza hundida en la almohada, los ojos cerrados.

Nini se puso de rodillas al lado del lecho.

—Hay que rogar a Dios que la salve—dijo ocultando el rostro entre las ropas de la cama.

Si Chiara no moría, ella estaba perdida. Y creía ver a la enferma incorporarse en el lecho para gritar:

—¡Arrojad de aquí a esa miserable que ha manchado el nombre de mi hijo! ¿No lo sabéis? No es Pierina y nos ha engañado a todos con su rostro maldecido. Es la hija de Rosetta Ariandi; arrojadla de aquí os digo; es una ladrona, una asesina.

—No, no es cierto—dijo la joven en voz alta, levantando el rostro alterado y mirando con terror a la enferma, que permanecía inmóvil, muda, con el rostro pálido como la cera y los ojos cerrados.

—¿Qué has dicho?—murmuró Adriano, conmovido, acercándose a su esposa.

—Nada; pienso en mamá.

Lena anunció al sacerdote. Niní tembló de pies a cabeza y dijo a su pesar:

—No hay necesidad del sacerdote; mamá no entiende ni puede responder.

—No importa—replicó Adriano con lágrimas en los ojos—; siempre será un consuelo para mamá ver a su lado a este sacerdote, en el cual tenía la mayor confianza.

La joven no se atrevió a insistir; pero sintió que las sienes le latían con violencia y un sudor frío corrió por su frente.

Temía que Chiara se repusiese por algunos instantes y revelase en confesión al cura toda la verdad.

Mientras el sacerdote se sentaba al lado del lecho de la moribunda, Niní, retirada en un rincón de la estancia, no apartaba los ojos de él.

Adriano la rogó que se retirase, temiendo que sufriese demasiado y pudiese enfermar.

—No... no... déjame—respondió—. Me parece que me encuentro mejor al lado de mamá.

Él la besó, conmovido, con reconocimiento.

La señora Baravalle no se repuso. Le administraron la Extremaunción sin que hiciese el menor gesto, sin que dijese palabra.

Parecía ya muerta. Sus brazos estaban inertes sobre el lecho; sus ojos, entreabiertos, descubrían las pupilas apagadas, fijas.

Sin embargo, respiraba aún. Seis días estuvo así. Ni Adriano ni Niní se acostaron ni una sola noche. El primero, porque no podía alejarse de aquella habitación en la que agonizaba su madre, la única mujer que le había comprendido, el único ser en quien podía tener absoluta confianza.

Le parecía que muerta ella no podía ya haber en el mundo alegría para él; que en la tumba de su madre serían sepultadas sus más caras y risueñas ilusiones.

Niní, en cambio, temía que su suegra saliese de aquella inmovilidad para incorporarse en el lecho y denunciarla.

Y entre el cansancio y las violentas emociones, apenas podía tenerse en pie. Tenía los ojos profundamente abatidos y los labios secos y descoloridos.

La noche del tercer día sonó fuertemente la campanilla de la puerta del departamento de Chiara.

¿Quién podía ser el importuno que iba a importunar en aquel momento y llamaba con tanta violencia? El portero no le habría avisado de lo que sucedía.

Aquel campanillazo hizo vibrar dolorosamente los nervios de Niní. Y la joven hizo ademán de levantarse para ir a abrir; Adriano la contuvo.

—Voy yo—dijo.

Nini no se movió; pero el corazón le latía con inusitada violencia; su mirada, turbada, no se apartaba de la puerta.

Oyó un ligero murmullo y casi enseguida vió entrar en la alcoba a su marido seguido de Giacomo Tibaldo.

¿Él en aquel instante? ¿El que la adoraba con la firmeza, la abnegación, la constancia de los caballeros antiguos, el que había sido ya su salvador?

¡Qué inmenso, qué profundo alivio experimentó! ¡En qué mirada de gratitud, de ternura envolvió al joven ingeniero!

No pasó por su mente la sospecha de que su suegra hubiese escrito a Gino, de que la llegada repentina de él fuese obra de la desventurada que moría.

Creyó que él regresaba vencido por la pasión, en vano combatida.

Y una profunda alegría la invadió.

Giacomo Tibaldo estaba penosamente embarazado.

Había recibido tres días antes la carta de Chiara, cuando estaba ocupado en dirigir algunos trabajos que necesitaban de toda su inteligencia y laboriosidad.

Desde su llegada a Sicilia, si no había olvidado a la miserable que turbó su plácida existencia, por lo menos estaba más tranquilo.

Los dulces consuelos de su hermana, la ocupación continua, la conciencia del deber cumplido, todo contribuyó a calmar el ardor de su sangre, a serenarle el rostro, a dar paz a su corazón.

La carta de la señora Baravalle le puso en un estado de ansia, de agitación indecible.

Chiara le escribía:

«Señor Tibaldo.

Venga, venga enseguida, si aun quiere a mi hijo si tiene piedad de una madre a la cual una miserable ha destrozado el corazón y corroído la existencia.

¡Si supiese quién es la esposa de Adriano! ¡Pobre hijo mío, sacrificado por mí! Si no logro con vuestro auxilio evitar el escándalo, salvar el honor de mi hijo, sufriré eternamente.

Venga pronto, se lo suplico, porque me siento morir. Y por caridad... que nada sospeche mi hijo... de esta carta. La desventurada e infelicísima madre

Chiara Baravalle.»

Giacomo corrió enseguida a su casa y dió a leer la carta a su hermana. Aquella misma noche partió.

Pero había llegado demasiado tarde. Chiara estaba moribunda, no se encontraba en situación de reconocerlo, de revelarle lo que había sucedido.

¿Y por quién otro saberlo? Adriano lo ignoraba; de la esposa de éste no aguardaba ninguna confesión, ni abrigaba esperanzas de arrancarle la verdad.

No podía, pues, hacer nada y, esta idea le tenía bastante abatido.

El joven dijo a Adriano que había regresado a Turín a arreglar unos asuntos y que su primer pensamiento fué hacerle una visita a él y presentar sus respetos a las dos señoras.

—Ciertamente no aguardaba llegar en tan mala hora—murmuró, abrazando a su amigo, que lloraba—. ¿Pero realmente no hay ya esperanza?

Adriano levantó los ojos al cielo y después llevó a su amigo a la habitación de la moribunda.

Giacomo no osó mirar a la cara a Nini; le estrechó nuevamente la mano mientras ella oprimía la de él con fuerza nerviosa.

Ninguno de los dos pronunció palabra.

El joven ingeniero se acercó al lecho y se puso a contemplar en silencio a la señora Baravalle.

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

De repente, la moribunda abrió los ojos y los fijó en él.

Y en aquella mirada velada, fosca, Giacomo leyó un sufrimiento tan atroz, que tuvo que hacer un violento esfuerzo para contener su emoción.

Habría querido encontrarse solo con la moribunda para interrogarla y ver si le reconocía.

Pero no podía obligar a los presentes a que salieran de la estancia.

Chiara permanecía con los ojos abiertos; pero sin salir de su postración, sin hacer el más ligero movimiento.

Giacomo manifestó a su amigo que pasaría la noche al lado de la moribunda.

—El médico ha dicho que aun puede pasar algunos días en este estado—agregó el joven—y tu deber y el de tu esposa es tomar un poco de reposo. Te prometo llamarte al más leve indicio de empeoramiento...

Adriano apoyó su ardiente cabeza en el hombro de su amigo.

—Gracias, gracias...—murmuró—¿pero crees que podré reposar mientras mi madre sufre una agonía tan lenta y tan atroz?

—Pero tu esposa y tú en nada podéis aliviarla, y si la pobre señora pudiese veros y hablaros, os obligaría a que descansaseis un poco; y yo os lo pido en nombre de ella.

—Pues bien, sí, me retiraré por pocas horas y aconsejaré a Pierina que haga otro tanto. Pero te ruego que no dejes de llamarme a la menor cosa que suceda.

—Te lo he prometido; permanece tranquilo.

Nini no quería retirarse; pero Giacomo insistió con una especie de autoridad y entonces ella bajó la cabeza y siguió a su marido.

En la alcoba de la moribunda, débilmente iluminada por una lámpara con la luz bajísima, no quedaron más que Giacomo y Lena.

El trabajador.

Había nacido en una tierra esteparia, árida, donde lo poco que producía se arrancaba con las uñas, y su pueblo, como todo pueblo de la llanura arcillosa, parecía como que nacía de la misma tierra, y el color de ésta tenían las casas, el color de ésta tenían los muebles y el color de ésta tenían los seres. Un grupo de casas recostadas sobre la leve loma... y poco más. Poco más: una iglesia con una aguja que no se atrevía a sobresalir mucho, como apenada de la miseria de sus feligreses.

Poco más para él que atraviesa rápido, llevado por el tren que no está para poblados misérrimos, ni para llanuras arcillosas, ni para viviendas pobres, ni para miserias pobres; pero mucho para él que ha nacido en aquellas viviendas que recuerdan las de los trogloditas, mucho para él que ha nacido allí, para él que allí ha correteado, allí ha padecido hambre y allí ha procurado un pedazo de pan y unos trozos de leña para confortar el hogar de sus padres... Aquella es la tierra donde nació, donde ha crecido, donde ha experimentado las primeras alegrías, donde se ha iniciado en las ilusiones primeras.

Pero, ¡ay! que allí es doloroso ganar el pan, que no se encuentra el trabajo que se necesita, que no es posible proporcionar a los viejos comodidades, ni obtener para una familia hogar. El fisco, las contrariedades atmosféricas, las penalidades abruma, y hay que emigrar, porque cuando la tierra nativa no da, no puede dar lo que se le demanda, hay que ir en busca de fortuna donde sea, que no hay fronteras en el mundo, que la patria lo es la tierra toda.

Ha oído hablar de América. Allí, si se quiere triunfar, hay que trabajar. ¿Qué más quiere él que trabajar? ¡Si no pide otra cosa! Le han dicho algunos que han vuelto ricos que allí todo es espeso de selvas, pero que también la manigua es traidora; que hay mucho oro en las entrañas de la tierra, pero que hay que disputarlo y hay que arrancarlo; que el cielo es azul siempre y las nubes no pierden nunca su belleza inmaculada, pero que el clima tiene sus traiciones y que a la larga desgasta y agota; que los árboles se doblan al peso de tanto fruto, pero hay que cultivarlos y cuidarlos, que los árboles en todas partes del mundo gustan del amor; que las

mujeres tienen ojos como faros encendidos, que fascinan... Mucho le han contado de América. Sabe de los que regresan; pero no sabe de los que no han regresado; pero quiere ir a América, necesita ir a América. Prefiere trabajar mucho, estar en actividad, que no encanecer por desesperación.

Y aunque su tierra, su pobre tierra le atrae, tiene que dejarla, y la deja con pena y con agrado a la vez, y el postrer abrazo que les da a sus padres en la insignificante estación es un abrazo apretado, infinitamente tierno, como de despedida eterna, un abrazo doloroso, como un abrazo último. No sueña en riquezas, pero quiere levantar a su pequeña propiedad de las deudas que sobre ella pesan por contribuciones o malas cosechas; quiere mejorar, quiere «hacerse un hombre»... El no sabe leer; si supiese, se compararía a los soldados de Napoleón, que llevaban en su mochila el bastón de mariscal, y se forjaría la idea de que en su petate lleva la libreta de cheques. Pero no sabe leer y ni aun sabe de cheques, ni de Bancos.

Y apenas llega al primer puerto toma pasaje en un vapor de emigrantes, y ni aun le dejan que experimente el dolor de la separación de la patria grande, porque a bordo del vapor se encuentra con unos señores, con uniforme unos y sin uniforme otros, que en lugar de ampararle y darle consejos para cuando desembarque en América, le someten a un interrogatorio enojoso y le preguntan quién era el capitán de su compañía, si ha servido o no al rey, aunque los papeles de sobra están claros; hacen un poco de charco y unos chistes a costa de los emigrantes y después los despiden con desamor. Esta es la última impresión que se lleva de su patria en el mismo puerto en que embarca.

—En América no me tratarán así; allí me tratarán como a un hombre y no como a un inferior.

Y navega, y sobre cubierta, allí mismo, a los pocos días de navegación, se daba cuenta de que el mundo es muy ancho y sentía alegría por conocerle y pensaba en su pueblecito y cifraba sus ilusiones en «ser algo» para que fuese la alegría de todo su pueblo.

Lamentaba que los trataran mal.

—Si hemos pagado lo que voluntariamente nos señalan, ¿por qué no ha de haber aquí quien obligue para que nos traten como a

hombres y no como a seres inferiores?

Pero sufría con agrado, porque cada vez que pensaba que él podría servir de alivio a los suyos y que obtendría algún día para su pueblo una orientación agrícola se sentía con fuerzas para seguir adelante.

Sí, sí, quería a su pueblo; pero anhelaba conocer otros y comparar. Notaba en él que despertaban otros sentimientos, otras aspiraciones, que se sentía más fuerte de espíritu, que estaba dispuesto a todo lo honrado. Acababa de dejar su hogar y ya se le había despertado el estímulo: «Si no encuentro camino, me abriré uno». Y no se olvidaba, no, de su casita arcillosa, de su pueblo negruzco, de sus tierras áridas; le quería más, porque lo encontraba infeliz, sobre todo después de haber visto en las costas españolas pueblos blancos, muy blancos, risueños, felices, con terrenos llenos de verdor, con ríos rebosados de agua cristalina, no como el gran río de su pueblo, que siempre ofrecía un aguafangosa... Y tenía para lo que dejaba un recuerdo ferviente y para lo que iba a buscar una ilusión...

¿A dónde iba? A Cuba, a desembarcar en tierras que eran permanentemente bellas, a Puerto Rico, donde el buque se evaba, donde le atraía la ilusión de poder trabajar, donde desembarcaban muchos...

Y ya con sus compañeros de viaje hablaban de las tierras que iban a conocer. Y no sabía más sino que unos se habían embarcado porque unos parientes los enviaban a buscar; otros porque iban en demanda de pan y trabajo; muchos por espíritu de aventuras, no pocos atraídos por la sirena de la Fortuna con sus cantos.

Llegó y apenas si se dedicó a ver, a observar. Buscó trabajo y lo encontró y desde aquel punto y hora se consagró absolutamente a su trabajo. Entró de mozo de almacén. El dueño de la casa le dijo:

—Hazte socio de la Asociación de Dependientes del Comercio y si enfermas podrás ingresar en un sanatorio y te cuidarán.

Y se hizo socio. Y una noche fué por curiosidad al local de la Asociación y le admiró la magnificencia del palacio. «¿Y a todo esto tengo yo derecho?». Le mostró un compañero toda la casa, todas las dependencias, todas las secciones, todas las aulas. Y preguntó si podía inscribirse en las aulas. Se inscribió en las aulas elementales y era el más asiduo de la clase. El periódico ir y venir de la escuela nocturna, las horas que

estaba en el aula, el rato que iba a la Asociación le abrieron nuevos horizontes, comprendió que había una vida superior, se iba capacitando del camino que se abría ante sí. Supo que muchos de los hombres que allí dirigían eran capitalistas y que antes habían sido dependientes; que su ingreso en la Asociación lo habían hecho como él anónimamente, pero que más tarde consagraron sus horas de descanso a la Asociación, y si por su laboriosidad y su buena conducta se habían distinguido en la casa donde trabajaban, por su buena conducta y laboriosidad se habían distinguido en la Asociación y disfrutaban de buen concepto privado y público.

El no se sentía forastero en aquel país. Realmente no le habían engañado. El clima era menos aflictivo, la brisa era suave, el carácter generoso, nativos y no nativos confraternizan; no se paseaba un aire forastero, sino un aire fraternal. Sabía que los ricos no desdeñaban de proteger a los pobres si éstos eran trabajadores y honrados; sabía que los almacenes abrían cuenta a los que supiesen y quisiesen trabajar; que una oleada de honradez abarcaba todo el comercio. Las leyes eran gratas, el Gobierno no se sentía y sólo un principio se observaba: «No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a tí.»

No había día que no comprase diarios y el carácter enciclopédico de los diarios de Cuba contribuyó extraordinariamente a avivar su espíritu.

Notaba, sí, que algunos se consideraban transeúntes, que querían hacer la fortuna en pocos días, que creían que era un país de magia y que tenía que enriquecerles enseguida. El no se consideró transeúnte. Arraigó en el país desde el primer mes. Aquella institución Asociación de Dependientes, la admiraba. Tenía sólo un anhelo, el de mejorarse. Y aprendía; y de curso en curso fué mejorando de aula. En la casa notaron que servía para más que para mozo de almacén, sabían que no era rumbero, que las horas que le dejaba libre el trabajo concurría a las aulas que sostenía la Asociación, y lo pasaron al despacho. Ya era otro hombre. Ya tenía que vestir. Se sentía ascendido en la carrera social. Trabajaba mucho, todas las horas que le pedían, sin cansarse. Trabajar siendo joven es cumplir un deber santo. Se procuró unos libros fuertes. *Ayúdame, El deber, El ahorro* y otros libros de Samuel Smiles, que

ron su primera biblioteca. Encontraba mucho nombre raro y erudición; pero cada biografía, cada anécdota, cada apotegma y cada aforismo le daba concepto de una vida mejor. Y aprendía en la Asociación, en el paseo, en las conversaciones, en el trato con los marchantes; aprendía siempre, siempre,

y comenzó a hacer algunos giros a sus queridos padres para que redimiesen algunas deudas. Anhelaba verles; pero quería volver como otros habían vuelto, renovado, con dinero, con dinero ganado en luchas titánicas contra las vaguedades del porvenir.

(Concluid.)

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales Madrid, provincias y extranjero.

Nombramientos.

Madrid, 1.º Enero.

Se ha nombrado jefe de Estado Mayor de la Comandancia de Melilla al general de brigada don Ramón Domingo Ibarra, ídem de la sexta región al general de brigada don Ricardo González Irigorri, comandante general de ingenieros de la segunda región al general don Luis Urzáiz; de la sexta región a don Joaquín Valle García, y a los coroneles de ingenieros Rivas López, Rodríguez Mourelo, Giráldez Camp, Paugés Millán, Azcárate, Menéndez y Vives Vich para los mandos del 1.º, 2.º, 3.º y 4.º regimientos de zapadores, regimiento de telégrafos y servicio aeronáutico respectivamente. A los subintendentes de 1.ª Goran Montaner, Lampérez Romea, Aizpuru Mondéjar y García Aguilar para los mandos de la intendencia de la cuarta región, sexta subintendencia, Comandancia de Melilla y Comandancia de tropas e intendencia de campaña en Melilla respectivamente.

DE PROVINCIAS

Valencia.—La directiva de la Asociación de ferroviarios de la Compañía Central de Aragón ha pedido al gobernador que influya cerca de la Compañía para que no despida a los obreros. El gobernador ofrecióseles.

Cádiz.—Los remolcadores ingleses trabajan en el salvamento del buque *Clare Klackezil*.

Huelva.—El Ayuntamiento se ha reunido en sesión permanente para organizar la administración de cobranza de los Consumos; se obtendrá un beneficio de 27,000 pesetas sobre el tipo del presupuesto.

Naufragio.—El mitin de Bilbao.

Las Palmas.—En la costa de Africa ha naufragado la goleta española *Joven Luisa*, de la matrícula de Canarias. Antes de zozobrar los tripulantes lograron ganar tierra; recogióles un pescador y los condujo a su cnoza, donde pernoctaron cinco días, compartiéndolos con ellos su alimento. Un buque canario fué en busca de los naufragos, trayéndolos con el pescador que los recogió. Este será recompensado.

Bilbao.—En el mitin de las Juventudes conjuncionistas los oradores contestaron a las acusaciones de la Juventud liberal de que fueron coautores del asesinato de Canalejas. Declararon, además, que no deben volver los conservadores y que Romanones ha puesto un puntal al régimen. Pidieron el indulto de los presos por cuestiones sociales en la cárcel de Larriñaga.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

En la Cámara de los Comunes.—Enmienda rechazada.

Paris 2 (6).

La Cámara de los Comunes rechazó por 294 votos contra 197 la enmienda unionista que tendía a sustraer la aplicación del *bill home rule* a la provincia de Ulster.

La enmienda fué rechazada después de discusión extremadamente viva.

Don Alfonso XIII a Paris.

Paris, 2 (6'50).

Le Matin publica un artículo en el que se exterioriza la creencia de que el rey de España, don Alfonso XIII, no irá a Paris hasta después de efectuadas las elecciones a presidente de la República.

ULTIMOS PARTES

La «Gaceta»

Madrid, 2 (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Decreto suprimiendo la sección de Inspección de la Dirección general de Contribuciones e Impuestos del Tesoro y de la Intervención general y disponiendo quede a cargo de la Inspección general la inspección de los servicios y del trabajo.

Obras inscritas en el Registro de la Propiedad intelectual durante el segundo semestre de 1912.

Proyecto de tarifas presentadas por varias Compañías de ferrocarriles.

La retirada de Maura.

Se reciben noticias de provincias dando cuenta del efecto que ha producido la noticia de la retirada del señor Maura de la política. En todas partes este efecto ha sido inmenso.

De Zaragoza dicen lo siguiente:

La noticia de la retirada del señor Maura produjo estupor.

El presidente del Comité conservador recibió un telegrama anunciándole la retirada y dimisión de diputados y senadores.

El señor Ossorio decía que dejaba la jefatura provincial del partido.

La gente se apiñaba ante las pizarras.

Llueven renunciaciones.

La Juventud Conservadora se ha reunido y acordaron que renuncien los cargos los diputados provinciales y concejales.

El Círculo Conservador publicará hoy un manifiesto encabezado con la carta del señor Maura. También acordaron celebrar una manifestación.

Algunos Comités de los pueblos han acordado la dimisión.

En la reunión del Comité conservador dominó el criterio de aplaudir al señor Maura e imitar su conducta.

El diputado por Zaragoza don Tomás Castellano ha renunciado el acta.

Se ha acordado retirar la candidatura del diputado conservador para la elección parcial de La Almunia, dirigir un telegrama individual todos los conservadores al señor Maura expresándole su adhesión, dimitir el Comité y comunicar el acuerdo a todos los Comités de la Península y que en el expreso marchen a Madrid el presidente y el secretario del Comité para ofrecer al señor Maura la adhesión de todos y recibir instrucciones.

Los liberales.

El Círculo Liberal ha acordado dirigir el siguiente telegrama al conde de Romanones:

«El partido liberal reitera hoy más que nunca su adhesión al trono y al Gobierno.»

Los diputados provinciales, alcalde, concejales, Comité provincial, Círculos y Juntas de distrito han dirigido otro telegrama al jefe provincial que dice:

«Como subordinados incondicionales a nuestro querido jefe provincial hacemos presente que como políticos y particulares iremos donde nos lleven y sea preciso en cualquier motivo y circunstancia.»

Vivas a la libertad.—Comentarios:

En Murcia, al exponerse la pizarra en la calle de la Trapería dando la noticia de la retirada del señor Maura, el gentío se alborotó y dió vivas a la libertad.

Entre los ciervistas hay gran revuelo.

En Bilbao la noticia se ha prestado a grandes comentarios.

Los conservadores dicen que obedece a habérseles negado el Poder.